

Capítulo 1. Punto de partida

Febrero de 2003

La casa de Susana se presentaba desordenada y maloliente, ocupada por un sentimiento de pena y desobediencia. Poco podría hacer ella cuando todo estaba roto, enmendar un millar de fragmentos minúsculos resultaba imposible. Se concentraba en estudiar para el último examen de Historia, pero el ambiente rebosante de tensión provocaba la ruptura de su concentración; no había modo. Realizaba lo posible para reconducir sus estudios, pero el incentivo latente imposibilitaba seguir avivando la ilusión y el progreso.

Diego y Teresa, padres de Susana, no encontraban respuesta a su amor y andaban en un desierto de infelicidad; ni siquiera su hija llenaba ese vacío incómodo. Parecía como si la propia casa se hubiera oscurecido por la avalancha desmedida de reproches e insultos; después de tanto tiempo, ambos decidieron que lo mejor era el divorcio.

Susana no opinaba, al menos quería tranquilidad y un poco de alivio para su corazón. Su mejor amiga, Emma, la ayudaba a sobrellevar tanto dolor. Diego se recostaba en su sillón, bajaba la visera y fumaba tabaco apestoso; Teresa se encerraba en su cuarto para pintarse y parecer un espectáculo lamentable. Solo en ese instante comenzaba la calma, el silencio que tanto necesitaba Susana para sus estudios; pero el dolor no se silenciaba de ninguna forma, ni con el callar de voces. el corazón dolía, aunque no lograra emitir ni un quejido.

Había anochecido y Susana se quedó recostada encima de la mesa del salón, con los apuntes bajo el rostro. Diego había salido tras colocar una nota a su costado; ella no se percató de nada: un papel más entre tantos allí acumulados.

Teresa, al poco, también prefirió marcharse. Se había dejado la puerta de su habitación abierta, algo que resultaba extraño porque ella nunca lo hacía. Susana despertó obnubilada y se acercó al dormitorio. Lo examinó al notar un perfume profundo: la cama estaba hecha, el armario permanecía cerrado. Sintió que la soledad abordaría el resto de sus días, y así fue. Transcurrió una semana y no volvió a saber de los dos. Ya no hubo discusiones ni palabras malsonantes.

Caminó hasta el salón con los ojos enrojecidos, miró sus apuntes y, de un arrebato, los arrancó de la mesa, lanzándolos contra todos los lugares posibles. Algunos los apretujó con tanta rabia que los convirtió en meras bolas; otros los retorció y desmenuzó, terminando esparcidos por doquier. No se contuvo en absoluto. Los impulsos que amenazaban desde su interior se desataron y mostraron toda su rabia, una impotencia que se justificaba por sí misma.

«Ninguno de los dos dijo nada. Así, con el silencio, ambos me han transmitido todo lo que tenían que decirme», reflexionó Susana.

Fue partícipe por primera vez de esos momentos predecibles, pero nunca pensó que llegaran a hacerse realidad. De ese modo supo que, desde ese día, debería rehacer la vida como una persona solitaria, con el apoyo de una amiga del instituto: Emma. Tuvo muchas: algunas pasajeras, otras que dejaron una huella imborrable,

interesadas..., pero nunca se podían comparar con el cariño que Emma derrochaba hacia Susana. Aunque en el fondo fuera celosa y algo envidiosa, a la mínima el temperamento y la tenacidad de Susana se quebraban como una ramita. Pese a no contar con una fuerza de voluntad extraordinaria, sí que hacía muestra de orgullo al entregarse en sentimientos y dar lo mejor de sí misma si la situación lo requería.

Susana, sin realizar demasiado hincapié en lo que se le podía venir encima ahora, prefirió elegir el camino más fácil, al menos por el momento: recoger sus apuntes y dejar el salón intacto. Cerró la puerta de la habitación de su madre, arrojó todos los ceniceros al cesto de la basura, se puso a fregar el piso y abrió de par en par las ventanas. Al mirar los edificios colindantes y la gente que caminaba, reflexionó: «Aquí comienza un capítulo nuevo en la vida de Susana Miravia».

Y, con esto, dibujó una sonrisa bien desahogada.